

medios de protección, era imposible convertir su propia vida en autodefensa; habría perdido en este caso todo su valor.

Cuando me acerqué con J. a L. D., éste me dijo en ruso:

—“Sabes, él espera que Silvia venga; se van mañana”.

Quiso indicarme así que sería conveniente invitarlos, si nó a cenar, a tomar el té.

—“No sabía que usted se va mañana y que espera aquí a Silvia.

—Sí, sí; se me olvidó decírselo.

—Que lástima no haberlo sabido; hubiera podido enviar algo a Nueva York.

—Yo puedo venir mañana por la mañana.

—¡Oh!, no; muchas gracias, sería una molestia para usted y para mí”.

Y volviéndome hacia L. D., le expliqué en ruso que había ofrecido té a J., pero éste lo rehusó quejándose de malestar, de sed espantosa, y que pidió un vaso de agua. L.D. lo miró de una manera indagatoria y dijo con ligero reproche:

—“Está usted malo otra vez y tiene muy mal aspecto. Eso no está bien...”

Hubo un silencio. L. D. no quería dejar los conejos, no estaba dispuesto a oír el artículo. Pero dominándose dijo:

—“Entonces, ¿quiere usted leerme su artículo?”

Cerró las puertas de las jaulas sin apresurarse y se quitó los guantes de trabajo; cuidaba sus dedos que se herían muy fácilmente, lo que le irritaba mucho y le impedía escribir. El mantenía su pluma, como sus dedos, siempre en orden. Sacudió su blusa azul y se dirigió lenta y silenciosamente, conmigo y con J., hacia la casa. Los acompañé hasta la puerta del estudio de L. D., la puerta se cerró, y yo entré en la habitación contigua.

Apenas transcurrieron tres o cuatro minutos, oí un grito terrible y estremecedor, no dándome cuenta de quién era. Me arrojé sobre él... Entre el comedor y el balcón, sobre el quicio de la puerta, apoyado en el bastidor, estaba en pie León Davidovich,